

CONCLUSIONES

Nos hallamos en la víspera de un inminente colapso de la cultura occidental y sus principales valores. Para muchos de nosotros parecería ocioso comentar esta situación dado lo evidente de su realidad; sin embargo, en los tiempos de Lovecraft semejante escenario, en medio de ese “optimismo bobalicón” que él tanto criticaba, se veía impensable. La falacia del progreso y la acelerada carrera tecnológica (por no mencionar que este término fue más bien la *máscara* de su interés principal, es decir, el bélico) que la sucedió en la práctica, llevaron al extremo los ideales de *omnipotencia* y *omnisciencia*, con respecto de la especie humana, sacralizados a partir del periodo ilustrado y reafirmados de manera más radical con el positivismo.

En otras palabras, entre finales del siglo XIX y principios del XX, lo que se consideraba el comienzo de una pretendida etapa de esplendor para la especie humana, en la que el dominio y uso de sus habilidades le permitiría alcanzar el ilusorio “control del universo” (si recordamos el mural de Diego Rivera) resultó ser en realidad el *canto de cisne* de un sistema de ideas que, en razón de su estruendosa musicalidad, sólo algunos *visionarios* alcanzaron a distinguir con claridad.

Irónicamente, la perspectiva de un predominio *definitivo e inamovible* de sistemas como la ciencia y el raciocinio, no podía ser sino una concepción *visceral e irracional* de un sistema que, en razón de no tener del todo claros aún sus alcances, en efecto podía vislumbrarse como omnipotente. Fueron sin embargo los *auténticos* entes de razón los que, precisamente amparados por su objetividad, advirtieron los defectos del nuevo sistema e intentaron llamar la atención sobre los escenarios por venir en el caso de llevarse indiscriminadamente a la práctica.

Howard Phillips Lovecraft reveló ser uno de ellos, por lo cual no es extraño que fuera condenado a la ignorancia y la marginación, tal y como muchos de sus propios personajes al

enfrentar lo fantástico y lo desconocido. Pese a ello, ni siquiera se podría comparar su situación con la de un hereje condenado a la hoguera por el “peligro” de sus ideas. Lovecraft fue ignorado por *incomprensión*. En realidad, en su tiempo fueron pocos quienes realmente comprendieron el sentido de su mensaje y, por lo general, estas personas fueron sus principales colaboradores. Aquellos que formaban parte del sistema al cual criticó, apenas si llegaron a imaginarse los horizontes sobre los que el autor de Providence estaba advirtiéndolo.

Pero en el caso de nuestra época, con los hechos, o sea las *manifestaciones*, ocurriendo claramente frente a nuestros sentidos, tenemos suficientes recursos para asimilar estos mensajes. En principio observo que, contrariamente a lo afirmado por autores como Caillois, Vax y Flora Botton, la obra de Lovecraft va mucho más allá de ser un simple *juego*, una “suspensión voluntaria de la incredulidad” destinada a una simple y lúdica distracción del lector por medio de una ficción que le permita, temporalmente, subvertir la cotidianidad en que está inmerso. En otras palabras, Lovecraft no asume que las “leyes naturales” son preceptos definitivos y absolutos que únicamente se puedan alterar mediante recursos estéticos, permaneciendo incólumes en la realidad circundante.

Muy por el contrario y, como insistí en reiteradas ocasiones a través de este estudio, su obra es una invitación a la *reflexión* en torno a los *alcances* de nuestro entendimiento para formar estructuras precisas acerca del universo. En concreto, Lovecraft nos hace encarar el inquietante hecho de que éstas a las que consideramos “leyes” no son sino *interpretaciones*: son *supuestos* muy remotamente demostrables con los que intentamos compensar el *distanciamiento* que existe entre nosotros y el cosmos circundante. En definitiva, las “leyes naturales” existen pero no podemos comprenderlas en su totalidad, en razón de que ni siquiera conocemos la fuente que las ha generado ni los procedimientos por medio de los cuales lo ha conseguido.

Las conclusiones a las que la razón y la ciencia han llegado, pese a sus aparentes alcances, sólo se han conseguido en razón de que, a través de los *sentidos*, hemos entrado en contacto con *referentes externos* a nosotros que nos han permitido discernir algunas de las relaciones entre las esencias más próximas a nosotros.

Sin embargo, sólo conocemos *algunas* de esas esencias. El resto únicamente está a nuestro alcance por medio de la *intuición*, es decir, podemos suponer su *existencia* como posible, pero no podremos describirlas, por mucho que nos esforcemos o que explotemos nuestra imaginación, a menos que eventualmente lleguen a manifestarse con claridad en nuestro entorno más inmediato. Pero hay todavía un escenario más desalentador: es posible que incluso en este momento preciso estén ocurriendo tales manifestaciones, y en realidad sea por causa de *defectos en nuestra percepción*, que no podemos advertirlas.

Como menciona Roger Bozzetto: “la alteridad no es sólo la nada, el vacío [...]. La ceguera de la mirada no implica la presencia de lo vacío, sugiere más bien, a pesar de la imposibilidad de darle forma, la presencia de lo OTRO” (235). Mejor resumen no podría encontrarse sobre el mensaje de Lovecraft. Vemos pues cómo, más que hablar sobre *potenciales* esencias que acechen en el exterior de nuestra realidad inmediata, nos pone frente a frente con nuestras propias *imperfecciones*: nos hace bajar de la *verdadera fantasía*, es decir, de nuestros delirios de omnipotencia, para recordarnos que somos seres *frágiles e imperfectos*.

De esta manera, nuestras ideas y conceptos no son leyes para el resto del Universo, en razón de que nosotros no fuimos sus *creadores*. Nosotros somos *parte* de ese cosmos vasto e indefinible, que avasalla nuestro ánimo con su inconmensurabilidad. Apenas si podemos hacer torpes intentos por comprender algunas de sus manifestaciones y cualidades, pero eso no suprime el hecho de que no podemos subyugarlo a nuestros intereses. Una vez más, *la parte nunca podrá contener al todo*.

La presencia de lo Otro, retomando los términos de Bozzetto, nos atemoriza debido a que nos obliga a enfrentarnos con nuestras propias *limitaciones*. Es ese terror que tenemos a la posible extinción, a la desaparición, a la *insignificancia*, lo que nos hace reaccionar de manera violenta ante las manifestaciones de lo Otro: lo intentamos *enmascarar* como “malo”, como “fuera de la ley” y, en razón de esa ilusoria autoridad, intentamos destruirlo. Queremos que el exterior se adapte a nuestras necesidades de *sobrevivencia*. Ahí tenemos las verdaderas causas de aberraciones como el racismo, la Inquisición, dos guerras mundiales o, un caso más lamentable, episodios históricos de brutales genocidios que, pese al avance de los siglos, continúan *enmascarados* como “conquistas”, “imperios” o “gestas civilizadoras” alcanzadas mediante ejemplares “heroísmos”.

En todo ello no está otra causa que el *miedo*. No importa cómo tratemos de enmascararlo, es la emoción más antigua y poderosa de nuestra naturaleza, y no se manifiesta en episodios aislados, sino que guía sutilmente todos los actos de nuestra existencia, como mencionara Cavallaro. La realidad es que vivimos siempre con un extremo *terror* hacia lo Otro, no importando cómo se manifieste. Mientras esté fuera de nuestros referentes más inmediatos, eventualmente brota en nosotros el *miedo*. Miedo por ser algo desconocido, es verdad, pero al mismo tiempo miedo ante la posibilidad de que sea *amenazante* para nuestra existencia. Miedo, en definitiva, porque este encuentro nos recuerda que *tenemos límites*.

No es por ello de extrañarnos que la dimensión moral sea trivial en la obra de Lovecraft: los fenómenos no son ni “buenos” ni “malos”, simplemente *son*. El hecho de que resulten dañinos para nuestra existencia es un *efecto colateral*. Tan poca es nuestra importancia, que posiblemente ni siquiera sea su propósito el exterminarnos deliberadamente. Simplemente el curso de nuestra existencia y el de ese fenómeno no pudieron *coexistir tras coincidir*. Pero de ningún modo se

reduce al pueril estereotipo de “héroes” y “villanos”. El universo está muy por encima de esos conceptos.

En definitiva, somos demasiado poco para tratar de competir en poderío contra el universo. Ni siquiera somos capaces de abarcarlo con la esfera intelectual. ¿Cómo podemos dejarnos caer en delirantes ideas sobre “conquistarlo”? No somos más que *una* entre las incalculables esencias que lo componen: ¿cómo nos atrevemos a decidir sobre lo que es “posible” o “imposible”? ¿Sobre lo que “existe” o lo que “no existe”? Esto es tan sólo la *manifestación* de nuestra *imperfección*. El cosmos, allá afuera, sigue siendo *desconocido*, por lo tanto no podemos decidir sobre el curso de ninguna esencia que, eventualmente, se manifieste ante nosotros aun cuando no sepamos sobre su existencia, aun cuando no la podamos definir... aun cuando tenga *un color fuera del espacio*.

No existe lo fantástico: es tan sólo la impresión que produce en nosotros el hecho intrascendente de que la rutina se modifique. A tal extremo somos limitados, que una incidencia que bien puede ser parte *natural* del curso de los fenómenos, nosotros la consideramos una *anomalía*. Tan corto es nuestro entendimiento, que creemos que una rutina existe para no alterarse, y que al suceder esto se está rompiendo la “ley”.

Tal vez la revelación más aterradora sea que *nosotros somos la verdadera anomalía*. No digamos que no hemos descubierto la esencia última del universo: ni siquiera hemos descubierto la nuestra propia ni mucho menos actuamos en consecuencia. Seguimos haciéndonos preguntas y *fantaseando* sobre el sentido de las cosas en lugar de convertirnos nosotros en un sentido.